

# **EL PODER DUAL EN RUSIA**

**LOS SÓVIETS ANTES DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE**

# PRÓLOGO

“*Ocurre con harta frecuencia que cuando la historia da un viraje brusco, hasta los partidos avanzados dejan pasar un tiempo más o menos largo antes de orientarse en la nueva situación creada y repiten consignas que, si ayer eran acertadas, hoy han perdido ya toda razón de ser tan «súbitamente» como «súbito» es el brusco viraje de la historia.*

**Lenin, 1917. A propósito de las consignas.**

«**¡Todo el poder para los sóviets!**» (1), así titulaba Lenin un breve artículo publicado en Pravda el 18 de julio de 1917. Con este artículo, Lenin ratificaba lo declarado el 7 y 11 de marzo en su primera y tercera «Cartas desde lejos» (2, 3), así como en otros tantos escritos publicados al calor de la Revolución de Febrero. Sin embargo, una semana más tarde, **Lenin tachaba como inviable la toma del poder por los sóviets**, los cuales debían reconstituirse sobre el curso de la lucha frente a la contrarrevolución (4).

El artículo que hoy presentamos vio la luz en 2017, en el centenario de la Revolución de Octubre, como parte del Línea Roja nº.5, «Sobre estrategia revolucionaria y nuevo poder». Hoy, la crisis del imperialismo remueve la conciencia del proletariado que, en ausencia de una orientación revolucionaria, se tambalea entre la reforma y la reacción. El estado de derrota del comunismo, encerrado en viejas recetas, es incapaz de asumir las demandas históricas de la clase a la que pretende representar. **Hace tiempo que el marxismo dejó de utilizarse como una guía para la acción para convertirse en un dogma** sobre el que proyectar una misma estrategia, fracaso tras fracaso.

La historia del proletariado nos ha mostrado la viabilidad de la revolución, no sin sacrificios, no sin un análisis pormenorizado de la realidad. Probablemente, Lenin haya sido el revolucionario más coherente en cuanto a su pensamiento y, al mismo tiempo, quien más abogó por **la adaptación de la táctica revolucionaria a su**

**realidad concreta.** Los objetivos y los principios eran inamovibles. La parte quedaba subordinada al todo y no al contrario.

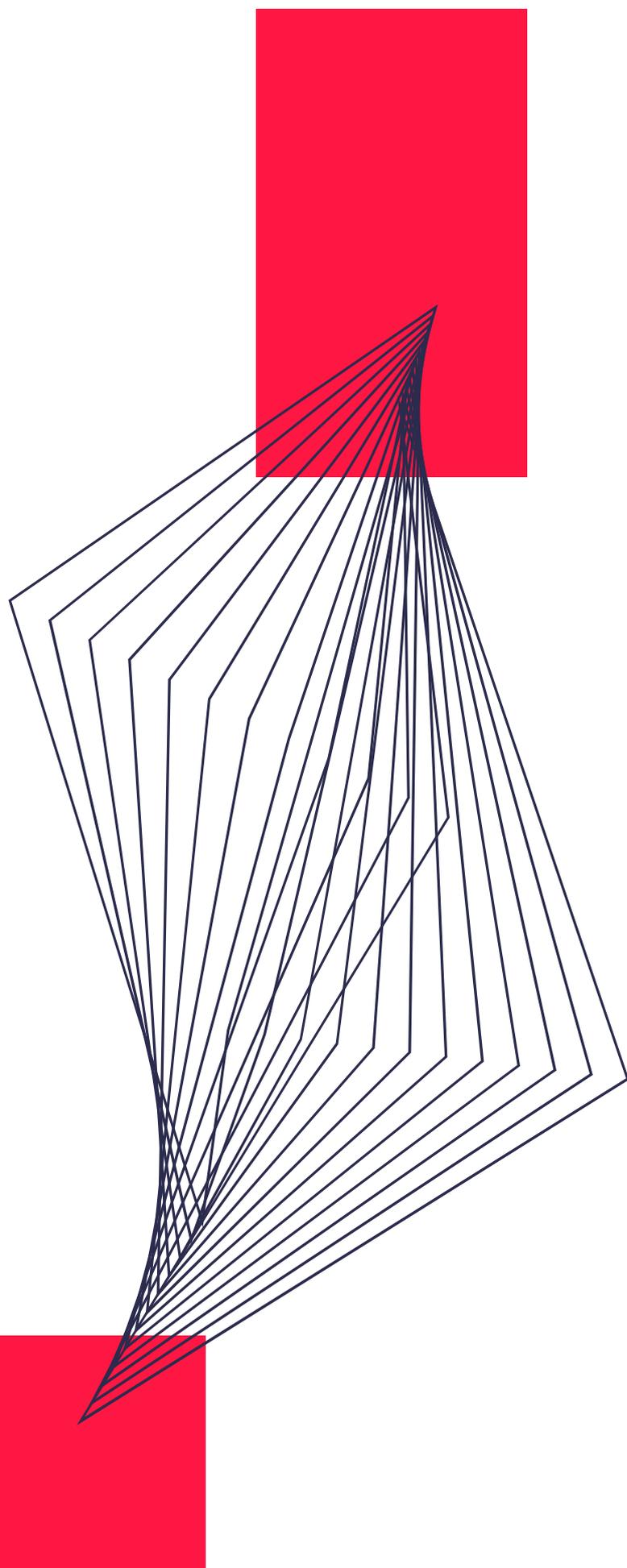
Entre el 27 de febrero y el 4 de julio de 1917, la situación política en Rusia cambió drásticamente. De la vía pacífica a la toma del poder a través de los sóviets (5), se pasó a la imperiosa necesidad de la insurrección armada. En cuestión de días, **el eje central de la conquista proletaria tuvo que adaptarse a las calamidades impuestas por la realidad.** El pacto entre el Gobierno Provisional y los sóviets, que mantenía en un constante desequilibrio al Estado ruso, se rompió en favor de la contrarrevolución. El salto consciente de eseristas y mencheviques a los brazos del Gobierno, quienes aún mantenían una mayoría de apoyos en los sóviets, puso fin a toda posibilidad de conquista del poder por el proletariado y campesinado ruso. «Todo el poder para los sóviets», aunque nunca lo fue, ya no podía continuar siendo una consigna. **Estas palabras, que sintetizaban los pasos necesarios que debían darse para la toma del poder, ya no eran válidas.** El poder efectivo había pasado definitivamente a manos de la burguesía. La Revolución de Febrero había finalizado.

La construcción de los sóviets y las conquistas que albergaron, costó la sangre de multitud de proletarios. Para la mayoría, era difícil aceptar que el principal proyecto al que consagraron sus vidas y sus esperanzas había fracasado. Ante esta situación, solo quedaban dos opciones: **resignarse y morir aferrado a una ilusión o alzarse frente a la adversidad y adaptar su actividad a las nuevas circunstancias.** Los bolcheviques optaron por lo segundo, y deshaciéndose de sus viejos ropajes, sembraron los primeros brotes de la Revolución de Octubre.

Durante los meses que sucedieron al 4 de julio, y pese a la claridad táctica del bolchevismo, el Partido destinado a liderar la insurrección del proletariado procuró, hasta el último momento, el desarrollo de una transición pacífica del poder. En las primeras semanas de septiembre, Lenin, continuó señalando la idoneidad de aprovechar hasta la última oportunidad de transición pacífica, aunque esta era cada vez más improbable (6). Ante todo, quería evitar una sangrienta lucha que terminase con la vida de miles de proletarios.

Conforme pasaban los días la situación era más cruda. Las organizaciones mencheviques y eseristas, ligadas ya de forma indisoluble al poder burgués, comenzaron a sufrir escisiones que simpatizaban con el bolchevismo, a la vez que su dirección pretendía legitimarse en los soviéts mediante una Conferencia Democrática que contase con una amplia participación de los elementos pequeñoburgueses que aún les apoyaban. El bolchevismo rechazó la participación en la Conferencia, y señalando el carácter burgués de las organizaciones convocantes, lograron el apoyo mayoritario de proletarios y campesinos. La represión de los últimos meses previos a la Revolución, el intento de golpe de Estado de Kornílov y la actividad del POSDR(b), había curtido la conciencia de las masas. **Con la mayoría del pueblo a su favor en Petrogrado y Moscú, la insurrección por fin era posible, los bolcheviques debían tomar el poder** (7, 8).

La esencia de Lenin y del bolchevismo no residía en ninguna receta, sino en un afán real por la liberación de la humanidad. Su orgullo era la liberación de su clase, no el camino ni la fórmula adoptados. El presente artículo fue publicado con objeto de recoger esa esencia; de transmitir, a través del acontecimiento más importante en la historia del proletariado, **el rechazo a la dogmatización de nuestra doctrina**. Si hoy, como antaño, nuestro objetivo es la emancipación del proletariado, debemos dar todos los pasos necesarios para conseguirlo. De ningún modo trafiquemos con los principios, **pero neguemos la conversión en dogma de tal o cual proyecto, de tal o cual sigla y de tal o cual historia**. No es a nuestra actividad, a nuestro pasado, a quién nos debemos. Nuestro destino es perecer, el de nuestra clase construir un mundo nuevo.



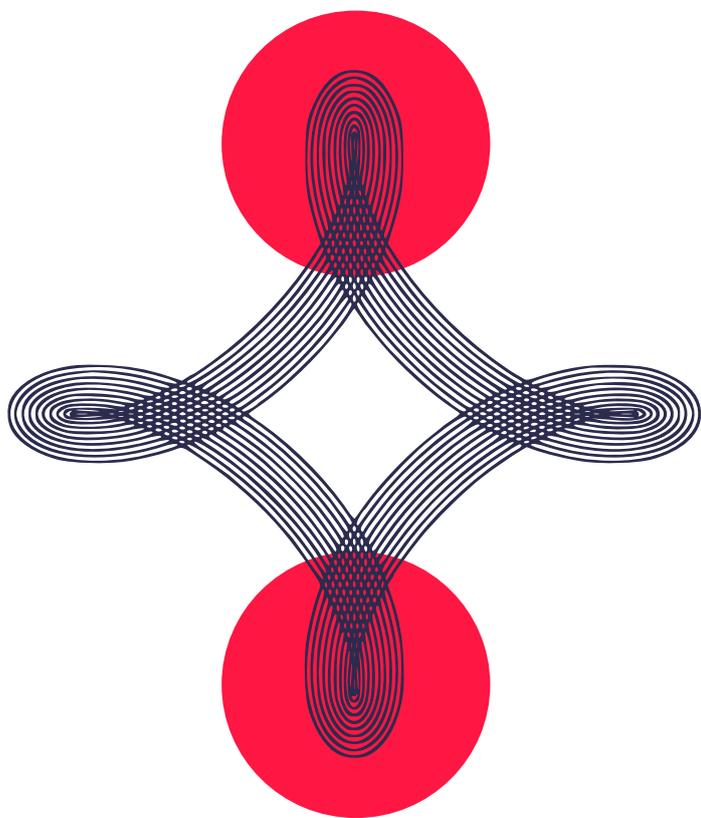
# EL PODER DUAL EN RUSIA: LOS SÓVIETS ANTES DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

“ Lo nuevo convive con lo viejo y debe destruirlo antes de ser absorbido por éste, no esperar pacientemente su turno en el cielo de la Historia.

**Iniciativa Comunista, 2017. Sobre estrategia revolucionaria y nuevo poder: Sobre las Tesis de Abril**

“ Los sóviets de diputados obreros y soldados es una forma de Estado que no existe ni ha existido nunca en ningún país. Esta forma representa el primer paso hacia el socialismo y es inevitable en los comienzos de la sociedad socialista. Este es un hecho de importancia decisiva. La revolución rusa ha creado los sóviets.

**Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique), 24-25 de abril de 1917. Séptima Conferencia de toda Rusia del POSDR(b)**



La Revolución de Octubre (9) inaugura una época de importancia universal para nuestra clase, para un proletariado revolucionario que da entonces sus mayores pasos, cada vez más firmes y conscientes, hacia la emancipación de las masas explotadas por el yugo del capital en todo el planeta. De la experiencia soviética pervive hasta nuestros días un enorme legado de enseñanzas históricas que nos corresponde ahora estudiar y asimilar, **siempre con el claro objetivo de construir nuevamente un movimiento revolucionario** capaz de barrer todo rastro del capitalismo sobre la faz de la tierra.

Parece indudable que los cruciales acontecimientos de octubre de 1917 no son producto de un día. Que no nacen de una simple directriz del Partido bolchevique, ni aparecen como el resultado mecánico e inmediato de unas condiciones objetivas ya «maduras» para el salto revolucionario. Todo lo contrario. Una larga y complicada trayectoria precede —como, dicho sea de paso, no puede ocurrir de otra manera— a la primera revolución socialista de la historia. Un camino donde los cuadros bolcheviques se templan a través de una lucha política tenaz, continuamente perseguidos y reprimidos por el poder burgués; un

camino donde el pueblo ruso adquiere una riquísima experiencia práctica en el curso de su incesante lucha contra la opresión zarista y el capital. Sin este imprescindible recorrido previo, no estaríamos hoy ante las puertas del centenario de una fecha tan señalada.

Entre las que parecían contarse, en un primer momento, como particularidades de la coyuntura revolucionaria rusa, se encuentra el fenómeno del «poder dual». Sin embargo, aunque por aquel entonces el floreciente poder soviético plantease una situación sin precedentes, muy pronto quedaría clara su decisiva significación histórico-universal: en efecto, la coexistencia del naciente poder proletario con el caduco poder burgués —lo nuevo que emerge y se abre camino en el propio seno de lo viejo—, ha resultado ser **una circunstancia común a la mayor parte de los procesos revolucionarios emprendidos en el siglo**, tal y como una y otra vez ha venido a demostrar la experiencia práctica de nuestra clase.

En el caso ruso, esta dualidad de poderes se materializa en la constitución de los sóviets, literalmente ‘consejos’ obreros, órganos de administración y combate donde se aglutinan amplias masas trabajadoras para confrontar a todos los niveles la dictadura del capital. Por nuestra parte, no nos ocuparemos aquí de los aspectos teóricos que implica el poder dual en sí mismo (desarrollado más por extenso en otras secciones de este monográfico), sino de la manera práctica concreta en que este fenómeno se fue desplegando en los convulsos meses previos a la toma del poder por parte de los bolcheviques en octubre de 1917.

Así pues, ateniéndonos rigurosamente al desarrollo histórico de la lucha de clases en Rusia, vemos que los sóviets realizan su primera aparición durante el estallido revolucionario de 1905. Se trata en este momento de **un acontecimiento puramente espontáneo, producto de la iniciativa de las propias masas trabajadoras** en el fragor de la acción revolucionaria. Estos sóviets surgen fundamentalmente como consejos de diputados obreros para organizar la huelga y coordinar la lucha del proletariado en las distintas fábricas, talleres y demás centros de trabajo a lo largo de

todo el territorio agitado por el enfrentamiento contra las fuerzas de la reacción.

El mayor y más importante de estos sóviets, formado el 13 de octubre en San Petersburgo, crece desde unos 40 delegados hasta 562 en apenas un mes. Creado primero como comité de huelga, pronto comienza a fijarse objetivos más ambiciosos: imprime panfletos para difundir sus propias noticias, se encarga de abastecer a los trabajadores, llama al impago de los impuestos y a retirar los depósitos bancarios, etc. Por desgracia, a pesar de su gran papel como vehículo de la lucha organizada del proletariado, el sóviet de San Petersburgo cae el 3 de diciembre, sólo un mes y medio después de su surgimiento.

Con la restauración de la «normalidad» política y económica tras el vendaval revolucionario de 1905, todos los consejos obreros son definitivamente suprimidos y la lucha de clases prosigue en Rusia de una manera más o menos velada durante varios años. Pero en febrero de 1917, después de 31 meses de guerra imperialista, las terribles penurias sufridas por el pueblo ruso y la agudización de las contradicciones sociales terminan desembocando en un nuevo conflicto abierto entre estas masas trabajadoras, cada día más hambrientas y explotadas, y el gobierno que las arroja hacia la muerte en su afán de rapiña imperialista. Culminando una serie de huelgas cada vez más intensas que se suceden desde julio de 1916, cientos de miles de obreras y obreros se echan ahora a las calles, forzando casi inmediatamente la abdicación del zar y generando al mismo tiempo diversos órganos de lucha económica, política y militar.

«Fueron las mujeres obreras de San Petersburgo quienes comenzaron esta revolución; fueron ellas las primeras en levantar la bandera de oposición al zar y sus compinches» (10). El 23 de febrero (8 de marzo en el calendario gregoriano, es decir, el Día Internacional de la Mujer Trabajadora), una enorme marcha de mujeres arrastra a otros tantos miles de obreros y obreras industriales (hasta 128.000) a sumarse a la huelga. La demanda de derechos iguales para las mujeres se une a las protestas contra la guerra, el desabastecimiento, los precios elevados, el racionamiento del pan, etc. En los días que

siguen a este estallido liderado por las mujeres obreras de San Petersburgo crece exponencialmente el número de manifestantes y huelguistas, haciendo avanzar de manera imparable la insurrección del pueblo ruso.

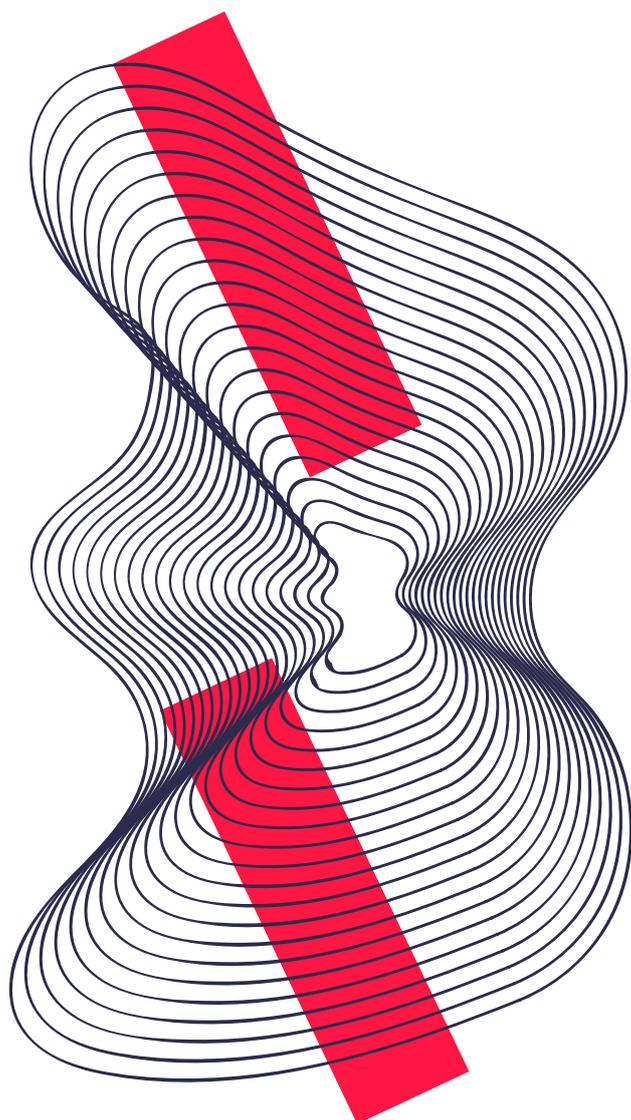
A partir de este momento, y profundamente enriquecidas por la experiencia previa de 1905 — es decir, instruidas a lo largo del tiempo en y a través de su propia práctica revolucionaria—, las masas oprimidas por el dominio de la autocracia y el capital ruso retoman la formación de sóviets como herramienta organizativa para oponerse al poder imperante (11). Los trabajadores y soldados de Petrogrado (nombre que recibe la ciudad de San Petersburgo entre 1914 y 1924) dan el pistoletazo de salida, con la constitución de un sóviet hacia finales de febrero de 1917, para la extensión de dicha iniciativa a través de todo el Estado ruso.

Con el apoyo prácticamente indiviso del ejército, **esta red de órganos de masas detenta un poder efectivo frente al cual las instituciones oficiales del Estado nada pueden hacer por sí solas.** Será necesaria la complicidad de los sectores «revolucionarios» pequeñoburgueses (es decir, el Partido socialrevolucionario y la fracción menchevique del POSDR) para que la burguesía rusa conserve su posición dominante, o más bien, para que por primera vez se vea obligada a ejercer ella misma, sin ningún tipo de intermediarios, el poder político. A estas alturas ya no puede continuar refugiándose bajo la omnipotente figura de la dinastía Romanov: la precipitada abdicación del zar Nicolás II y la detención de sus principales ministros fuerza a la burguesía a asumir el control político directo del Estado. Se forma entonces el llamado Gobierno Provisional, que constituye, en palabras de Stalin, un **«órgano de la burguesía moderada, asustada por los «excesos» de la revolución»** (12)

Pero detengámonos, por el momento, en la organización y el funcionamiento práctico de los sóviets durante los meses que transcurren desde la insurrección espontánea de febrero hasta la revolución socialista de octubre. Su papel es ahora, sin duda, cualitativamente superior al que desempeñaron en 1905. Si entonces su corta vida y la relativamente escasa experiencia política del proletariado ruso impidieron un desarrollo firme

de los sóviets, en 1917 la coyuntura se presenta bajo una luz muy diferente.

Desde el primer instante, estos consejos trascienden cualquier tipo de existencia como meros espacios de resistencia económica en fábricas o talleres aislados (tarea de la que se encargan los propios comités de fábrica, creados al abrigo de la revolución). Así lo recoge en sus documentos el Partido bolchevique: «El sóviet de diputados obreros no es una organización de tipo sindical como lo quiere la burguesía. El pueblo lo ve de otro modo y mucho más acertadamente; lo ve como un órgano de poder» (13). De esta forma, **las medidas de los sóviets abarcan todos los terrenos de la existencia social rusa.** Especialmente a escala local, las masas emprenden la resolución práctica inmediata de sus problemas más acuciantes: la organización de la producción, el racionamiento de alimentos, etc., pasan a formar parte de su labor cotidiana.



En primer lugar, observamos que se trata aquí de un nuevo poder no solamente por quién lo ejerce, sino por la propia forma que adopta. Como rezan las famosas líneas de Marx, el proletariado revolucionario no puede limitarse a tomar posesión de la maquinaria estatal sin más, manteniéndola tal y como ésta existía bajo el régimen capitalista. **Los sóviets constituyen, precisamente, un nuevo tipo de gobierno en este sentido, un gobierno opuesto desde su raíz misma al viejo poder burgués.** Las diferencias entre ambos se hacen notar rápidamente.

Por ejemplo, todos los funcionarios públicos son ahora elegidos democráticamente, pueden ser destituidos en cualquier momento y reciben una retribución «según las normas proletarias» —lo cual se aplica, naturalmente y con especial motivo, a los diputados del sóviet. Además, el nuevo poder suprime los antiguos órganos represivos de la burguesía. Lenin opina a este respecto que la policía es incompatible con el autogobierno de las masas y las circunstancias de 1917 prueban la justeza de su posición: con el avance del movimiento revolucionario, los cuerpos policiales de algunas grandes ciudades prácticamente se disuelven o quedan desarticulados, mientras que, por el contrario, el ejército y el pueblo ruso tienden a fusionarse en uno (dada la gran composición obrera del ejército a estas alturas de la guerra), posibilitando la formación de un Estado semejante a la histórica experiencia de la Comuna de París, es decir, **un gobierno donde son las propias masas armadas quienes ejercen directamente su poder.**

Además del fuerte respaldo político y militar que el ejército brinda desde el primer instante a los sóviets, en numerosos puntos se forman milicias proletarias locales. El pueblo, en muchos casos armado incluso a costa de los capitalistas, constituye así sus propios órganos autónomos de acción militar. En todas las fábricas de Nizhni-Novgorod, por ejemplo, se introducen milicias de trabajadores pagadas por los fabricantes mismos y auspiciadas por el Gobierno Provisional burgués, seguramente con la intención de restaurar más pronto que tarde el viejo aparato policial y las demás instituciones represivas del zarismo.

Pero, aunque es cierto que estas milicias se limitan por el momento a una función principalmente «defensiva» —puesto que las masas no se lanzan a una guerra abierta y total contra la burguesía ni emprenden el camino de la revolución violenta hasta octubre—, tampoco permiten que las «milicias civiles» (según las denomina el capitalista que, para su desgracia, las financia) retrocedan al viejo tipo de instituciones al servicio de la clase dominante. Las tentativas burguesas de reconstruir un cuerpo de individuos separado del pueblo, situado por encima de él y cuya labor principal consista en reprimir sin piedad a las trabajadoras, se ven frustradas por la creciente conciencia revolucionaria de las milicias obreras, que velan ahora por los intereses de la enorme mayoría.

En el mismo sentido se desarrollan los diversos destacamentos de la Guardia Roja, especialmente importantes por su amplitud y firmeza en Moscú y Petrogrado. El número de estas brigadas, que más adelante darán lugar a la creación del Ejército Rojo, asciende a 24 en junio de 1917. En ellas se acaban fundiendo también bastantes milicias populares y otras formaciones armadas semejantes; fuertemente ligados al Partido bolchevique, estos destacamentos desempeñan un papel central en la revolución de octubre (cuando cuentan ya con 200.000 efectivos).

Desde febrero, los telégrafos y las comunicaciones se encuentran también (en general) bajo control directo de los sóviets; se efectúa la liberación de un gran número de presos políticos del zarismo, e incluso se implantan algunos deberes públicos para los capitalistas. Por otro lado, en cuanto a la situación material del pueblo ruso, los sóviets y otros organismos más específicamente centrados en la lucha económica —tan diversos como estrechamente ligados entre sí— consiguen arrancar algunas concesiones inmediatas al capital, tomando también medidas propias que pasan por encima de la oposición burguesa.

Por ejemplo, en algunas localidades provinciales los campesinos afirman su derecho a la posesión de la tierra; una tierra que, por supuesto, son ellos mismos quienes llevan trabajando durante décadas en condiciones miserables. Así, confiscan terrenos que quedaban sin cultivar a

causa de los elevados precios de arriendo, ante la incapacidad de los terratenientes de oponerse al poder del pueblo armado. **La sacrosanta propiedad privada del capital pasa en estos lugares a manos del campesinado revolucionario**, que hace funcionar la tierra para cubrir las graves necesidades que atraviesa la mayor parte de la población rusa.

Lo mismo ocurre en los centros urbanos: se procede a poner numerosas fábricas bajo control obrero, subordinando aquí también la producción industrial a los intereses materiales de las masas. De este modo, los obreros y obreras fabriles consiguen mantener la producción nacional en marcha, aunque tenga que ser a duras penas y siempre a pesar del boicot activo de la burguesía. El pueblo crea también comités de abastecimiento para distribuir los víveres, comités de combustibles, de aprovisionamiento, etcétera, y arrebató algunas valiosas reformas al capital: la implantación efectiva de la jornada laboral de ocho horas, mejores condiciones de trabajo, un aumento progresivo de los salarios, ciertas prestaciones sociales, etc.

En definitiva, hemos visto que, con el auge insurreccional de febrero, todas las lecciones de la primera revolución rusa cristalizan 12 años después en el despliegue prácticamente inmediato del poder soviético. Durante los primeros meses se trata todavía de un «gobierno en estado embrionario», que produce una «superposición de poderes» donde los sóviets «tratan de ejercer el poder en paralelo al gobierno provisional» (14). Pero está claro que **el pueblo ruso, con el proletariado consciente a la cabeza, se encuentra más cerca que nunca de trastocar definitivamente el viejo orden social**. La burguesía intenta sofocar por todos los medios este impulso revolucionario de las masas, encontrando su principal apoyo en los volubles sectores pequeñoburgueses que, por su propia posición objetiva de clase, terminan inclinándose del lado de la reacción.

De hecho, la labor práctica de los sóviets se ve siempre limitada por la nefasta política de sus dirigentes. El servilismo de los diputados socialrevolucionarios y mencheviques lastra todas las iniciativas asumidas directamente por las propias masas; estos líderes reducen su actividad política a una serie de inútiles ruegos y plegarias

hacia la burguesía, otorgándole a ésta la gestión efectiva de los problemas del pueblo. El resultado es inevitable: mientras que las trabajadoras adoptan medidas autónomas para sortear su insoportable situación, la burguesía no hace sino obstaculizar cualquier cambio, boicoteando la producción y poniendo todo tipo de trabas ante la cómplice pasividad del gobierno pequeñoburgués que dirige los sóviets.

Esta inestable y necesariamente provisional coyuntura es la que Lenin analiza en su célebre artículo sobre «La dualidad de poderes». Efectivamente, desde el 2 de marzo dos poderes distintos conviven en Rusia: por un lado, los sóviets de diputados obreros y soldados, que representan el primer paso en la realización práctica de la dictadura revolucionaria del proletariado y el campesinado; por otra parte, el Gobierno Provisional burgués, constituido a expensas de los diputados mencheviques y eseristas del Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado.

Tarde o temprano, uno de ambos tiene que acabar imponiéndose sobre el otro, puesto que **estos dos poderes tan absolutamente contradictorios no pueden coexistir durante mucho tiempo dentro del mismo marco estatal**. Es imposible que la balanza permanezca en equilibrio: la lucha de clases no se detiene, no permite el sueño utópico de una sociedad donde explotadores y explotados convivan en perfecta paz y armonía para su mutuo beneficio. La burguesía se opone al control obrero de la producción y persigue la continuación de la guerra imperialista; los intereses del pueblo ruso, por el contrario, chocan frontalmente con las «nobles» y lucrativas aspiraciones de sus verdugos.

Los mencheviques y los eseristas tratan de resolver la inestabilidad que la existencia de este doble poder implica mediante una estrategia conciliadora, planteando la subordinación de los sóviets al Gobierno Provisional. Su concepción esquemática y mecanicista del proceso histórico les impide hacer otra cosa que transferir el poder a la burguesía; el gobierno burgués representa, desde su punto de vista, una etapa «necesaria» que Rusia debe «inevitablemente» atravesar antes de pensar siquiera en el tránsito al socialismo (15). Pero **la revolución democrática**

**está ya completada y se impone ahora la necesidad objetiva de continuar la lucha hacia el socialismo.** Por supuesto, la línea bolchevique denuncia el denominado «defensismo revolucionario» de los líderes pequeñoburgueses como chovinismo reformista y formula, en contraposición con él, dos grandes consignas fundamentales: «¡ningún apoyo al Gobierno Provisional!»; «¡todo el poder para los sóviets!».

Por otro lado, durante los primeros meses posteriores a febrero, el POSDR(b) defiende también una línea de desarrollo pacífico de la revolución: «Solamente en Rusia es posible el paso del poder a las instituciones existentes —los sóviets—, inmediata y pacíficamente, sin un levantamiento, pues los capitalistas no pueden hacer frente a los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos» (16). La espontánea organización de amplias masas trabajadoras en un tejido nacional de sóviets permite al Partido aferrarse a esta posibilidad. En consecuencia, para culminar lo más pacíficamente posible el proceso revolucionario, los bolcheviques sitúan como principal la necesidad de ganarse el apoyo de dichas masas, sometidas todavía en gran parte a la influencia ideológica de la pequeña burguesía.

Esta inicial inferioridad del bolchevismo en los sóviets deriva, entre otras cosas, de su propia composición de clase. La situación desfavorable del Partido Comunista se debe fundamentalmente a que los soldados, en su mayoría campesinos armados, y cuya representación la constituyen sobre todo intelectuales pequeñoburgueses afines al Partido eserista, tienen en los sóviets un peso electivo proporcionalmente mucho mayor que, por ejemplo, el proletariado de los centros urbanos, claramente más próximo a la línea bolchevique.

El propio Lenin reconoce sin reservas el escaso apoyo con que su Partido cuenta todavía en abril de 1917 (17) y plantea, en consonancia con ello, la tarea de ganar mediante vías «constitucionales» una mayoría que aparte al menchevismo y al eserismo del mando de los sóviets, permitiendo al proletariado consciente ejercer, sin mayores interferencias del Gobierno Provisional burgués, su poder efectivo hacia la realización del socialismo. Es decir: la lucha de

clases puede ser ahora desarrollada pacíficamente en el seno de los propios sóviets, sin necesidad de recurrir directamente a la violencia para derrocar al gobierno burgués. Mientras tanto, la consigna central del Partido bolchevique continúa exigiendo la transferencia inmediata de todo el poder estatal a los sóviets, es decir, al pueblo revolucionario organizado. Porque si los órganos de poder de las masas no se imponen pronto como el único gobierno de Rusia, lo hará la contrarrevolución.

Y parece que así ocurre, de hecho, a partir de los primeros días de julio: el poder acaba pasando a manos de la dictadura militar de los altos mandos del Estado Mayor, respaldados por los kadetes (demócratas-constitucionalistas), el social-revolucionario Kerenski y los monárquicos centurionegrístas. Es evidente que el desarrollo de los acontecimientos produce aquí un viraje objetivo en las necesidades de la revolución. **La vía pacífica se cierra definitivamente.** Todas las debilidades pequeñoburguesas de los mencheviques y eseristas a la cabeza de los sóviets han hecho fuertes a la reacción rusa, le han permitido hacerse con el poder. **La insurrección armada aparece ya como el único camino posible para llevar a término el proceso revolucionario.**

En este punto, los bolcheviques abandonan la consigna que venía caracterizando su posición desde febrero. El análisis concreto de la situación concreta señala la insuficiencia de aquella línea bajo las nuevas condiciones de la revolución. Lenin piensa que ya no se puede continuar exigiendo todo el poder para los sóviets, puesto que se han convertido en «nulidades, marionetas», órganos completamente subordinados a la camarilla militar que gobierna Rusia. Estos sóviets «son débiles e impotentes ante la triunfadora y triunfante contrarrevolución» (4); pedir el poder para los sóviets bajo tales circunstancias significaría engañar por completo al pueblo.

A estas alturas, pues, la dualidad de poderes parece haberse esfumado (aunque en el fondo sólo lo haya hecho provisionalmente y en apariencia). Por eso, a pesar de que una camarilla contrarrevolucionaria de burgueses y terratenientes se impone como gobierno efectivo, ni la burguesía es capaz todavía de di-

solver completamente los sóviets, ni éstos tienen la fuerza suficiente como para derrocar a la burguesía. Y el incesante movimiento de la historia, el devenir de los acontecimientos en este tiempo de abierta lucha de clases —donde, según las conocidas palabras de Lenin, un día equivale a varios años de aprendizaje «pacífico»—, propicia un nuevo giro de 180 grados en el curso de la revolución.

Una significativa muestra: en junio de 1917 se celebraba el primer Congreso de los sóviets; las elecciones arrojaron entonces un resultado de 285 delegados eseristas y 248 mencheviques electos, frente a tan sólo 105 bolcheviques. Sin embargo, en el segundo Congreso (celebrado en octubre), el número de diputados bolcheviques crece hasta los 300, en tanto que ahora apenas se cuentan 70 u 80 delegados mencheviques. El número de sóviets en el Estado ruso, por otra parte, se duplica durante estos cuatro meses: de los más de 400 que participan en el primer congreso pasa a haber 900 sóviets en el segundo, que además se encuentran ya bajo hegemonía bolchevique en las mayores ciudades y centros urbanos (Petrogrado, Moscú, Kiev, Odesa, etc.).

Como vemos, de poner en segundo plano la conquista electoral de la mayoría en el sóviet y abandonar el camino pacífico de la revolución, los diputados bolcheviques pasan a situarse a su frente apenas tres o cuatro meses después. De ocupar una posición claramente minoritaria en ellos —a pesar de la gran influencia de sus consignas entre las masas—, el POSDR(b) pasa a comandar estos órganos de nuevo poder en los que se organiza el pueblo revolucionario. La inversión de los acontecimientos responde a una **creciente toma de conciencia de las masas acerca del verdadero carácter de clase que esconden las políticas mencheviques y eseristas.** Y es que su máscara pseudorrevolucionaria cae definitivamente, tras haber encajado ya varios golpes importantes (la «nota de Miliukov» sobre la continuación de la guerra imperialista y la crisis de abril, la represión violenta desatada en las «jornadas de julio», etc.), con la fallida intentona golpista de Kornílov en agosto de 1917.

Además, en el fracaso de este golpe de estado juega un rol fundamental el Partido bolchevique,

cuya influencia sobre los trabajadores ferroviarios y de telégrafos obstruye la movilización de las tropas comandadas por el contrarrevolucionario Kornílov hacia Petrogrado y Moscú. A partir de este momento, se hacen cada vez más transparentes para el pueblo la naturaleza reaccionaria del gobierno burgués, la incapacidad de los mencheviques y los socialrevolucionarios para dar salida a las demandas de las masas oprimidas, el carácter ilusorio de todas sus panaceas sociales y la traición a los intereses revolucionarios que esconden las políticas conciliadoras de estos dirigentes pequeñoburgueses.

El bolchevismo sale enormemente reforzado de esta difícil prueba y su popularidad se dispara en todo el Estado ruso, especialmente allí donde existe un proletariado fuerte capaz de situarse a la vanguardia de la lucha revolucionaria. Ya no son sólo las consignas del Partido bolchevique las que el pueblo hace suyas, sino el grueso de su programa político. El desenmascaramiento de la reacción y sus distintos aliados —tanto los declarados como los «inconscientes»— produce un «desplazamiento de clases» que explica la creciente hegemonía del comunismo revolucionario entre las masas.

Con la nueva mayoría electoral del POSDR(b) en los sóviets, la dirección ideológico-política del movimiento revolucionario conquistada definitivamente por la clase proletaria y el enorme apoyo de sectores populares armados hacia la causa socialista (la Guardia Roja coordinada por los propios bolcheviques, milicias populares, etcétera), se aproxima el momento decisivo de la toma del poder. A través de los sóviets de Petrogrado y Moscú, que cuentan de nuevo con mayores fuerzas que el Gobierno Provisional, Lenin proclama la necesidad inmediata de la insurrección. Las circunstancias son ahora más propicias que nunca; retrasar la acción hasta que se celebre la Asamblea Constituyente —siempre pospuesta por el gobierno burgués— significaría traicionar los intereses del pueblo y fiar el destino de la revolución a Kerenski y compañía. En pocas palabras: «esperar sería un crimen contra la revolución» (18).

El Comité Central del Partido bolchevique recoge el llamado de Lenin y comienza los pre-

parativos para culminar esta etapa del proceso revolucionario con la insurrección.

Igual que durante los primeros meses posteriores a febrero, consideran que el poder debe pasar íntegramente a manos de los sóviets, que cuentan con el respaldo de la gran mayoría de la población rusa y cuyo viraje hacia la política bolchevique puede acabar definitivamente con las vacilaciones que los pequeñoburgueses mencheviques y eseristas venían imponiéndoles.

En el sóviet de Petrogrado se crea para ello, el 16 de octubre, un Comité Militar Revolucionario, con el propósito de aglutinar y dirigir la acción armada de los sectores más próximos a la línea bolchevique. El ferrocarril se encuentra ya bajo control de trabajadores y soldados revolucionarios desde varios días antes de la toma del poder, pero muchos puntos estratégicos permanecen todavía en manos del gobierno burgués. Se fija el 25 de octubre como fecha para llevar a cabo la insurrección, justo antes del inicio del Segundo Congreso de los Sóviets, y se traza minuciosamente un plan para derrocar al Gobierno Provisional con la mayor eficacia posible.

A lo largo de todo el día, estaciones, arsenales, almacenes de víveres, imprentas, edificios públicos e instituciones de gobierno, estaciones telegráficas y otras tantas ubicaciones estratégicas son tomadas casi sin resistencia por los guardias rojos. Los destacamentos revolucionarios asaltan el Palacio de Invierno y deponen al Gobierno Provisional. **Petrogrado, capital del Estado ruso, cae bajo control del poder soviético** en una histórica jornada; inmediatamente se extiende este impulso a las grandes ciudades (particularmente Moscú) y también al campo. Tiempos de enorme dificultad aguardan aún al pueblo ruso, que deberá hacer frente a la violenta contrarrevolución burguesa apoyada por las potencias imperialistas, pero el primer objetivo se ha cumplido ya: en Rusia gobierna la dictadura del proletariado.

Hemos comprobado hasta aquí que **los sóviets constituyen el cauce a través del cual se prepara y organiza la insurrección de octubre y no sólo como herramienta necesaria para la acción política revolucionaria de las masas, sino como una nueva forma de Estado que re-**

**presenta ella misma el poder directo de los obreros.** El triunfo de la Revolución de Octubre marca la importancia universal de los órganos de nuevo poder, cuya génesis y desarrollo a partir de la actividad revolucionaria de las propias masas van abriendo el camino hacia la realización efectiva del socialismo y la posterior abolición de las clases.

Los ecos de la histórica iniciativa del pueblo ruso todavía resuenan allí donde las oprimidas se revuelven contra las cadenas que las atan a una vida de explotación y miseria. Es cierto que en el camino de la revolución se alzan siempre enormes obstáculos y dificultades que solamente la decidida lucha del proletariado consciente puede sortear. Pero, una y otra vez a lo largo del tiempo, **las masas revolucionarias han demostrado su capacidad de combatir el orden capitalista, de adaptar su lucha a las condiciones concretas de cada coyuntura particular y generar sus propias herramientas para alcanzar el ejercicio del poder.**

Como el ejemplo de Octubre nos prueba con toda claridad, es igualmente imprescindible una organización revolucionaria sólida, guiada por una teoría de vanguardia y capaz de desplegar una práctica política acorde con las necesidades de cada momento, para impulsar hasta sus últimas consecuencias este ímpetu revolucionario de las masas, para tomar el poder del Estado en sus manos y comenzar toda esa serie de transformaciones que han de llevar a la destrucción del capitalismo y la realización de una nueva sociedad libre de explotación.

Hace cien años, el proletariado ruso iniciaba una nueva etapa en la historia universal, tañendo las campanas que aún hoy tocan la última hora del mundo escindido en clases. **Evitemos que este legado perezca como el sueño frustrado de millones de revolucionarias que dieron su vida en vano, que quede como un apagado recuerdo de «lo más cerca que nunca estuvimos» de la victoria contra el capital, y honremos la memoria de quienes nos precedieron continuando su firme y decidida lucha por la emancipación de la humanidad. Mantengamos con vida la llama de Octubre, que continúa alumbrando el camino de la revolución socialista mundial.**

# REFERENCIAS

**(1)** V.I.I Lenin. ¡Todo el poder para los Soviétst!. Escrito el 18 de julio de 1917.

**(2)** V.I. Lenin. Cartas desde lejos. Primera carta. Escrito el 7 de marzo de 1917.

**(3)** V.I. Lenin. Cartas desde lejos. Tercera carta. Escrito el 11 de marzo de 1917.

**(4)** V.I. Lenin. A propósito de las consignas. Escrito a mediados de julio de 1917.

**(5)** V.I. Lenin. Cartas sobre táctica. Escrito entre el 8 y 13 de abril de 1917.

**(6)** V.I. Lenin. Las tareas de la revolución. Escrito en la primera quincena de septiembre de 1917.

**(7)** V.I. Lenin. Los bolcheviques deben tomar el poder. Escrito entre el 12 y 14 de septiembre de 1917.

**(8)** V.I. Lenin. El marxismo y la insurrección. Escrito entre el 13 y 14 de septiembre.

**(9)** Todas las fechas figuran en este texto según el calendario juliano vigente en Rusia en 1917. La diferencia con el actual calendario gregoriano es de trece días.

**(10)** Aleksandra Kollontai, 1920. El Día Internacional de la Mujer, 1920. Traducción de Iniciativa Comunista, 2017.

**(11)** En palabras de Lenin: «La Revolución Rusa produjo, además del gobierno de los capitalistas, las organizaciones revolucionarias espontáneas que representan a la enorme mayoría de los obreros y campesinos, a saber: los sóviets de diputados obreros y soldados en Petrogrado y en la mayor parte de las ciudades de Rusia» (V. I. Lenin. Llamamiento a los soldados de todos los países beligerantes. Pravda, nº.37, 21 de abril de 1917).

**(12)** I. Stalin. Condiciones para la victoria de la revolución rusa. *Pravda*, nº.12, 18 de marzo de 1917.

**(13)** Actas de la Conferencia del POSDR(b) de la ciudad de Petrogrado, 14 de abril de 1917.

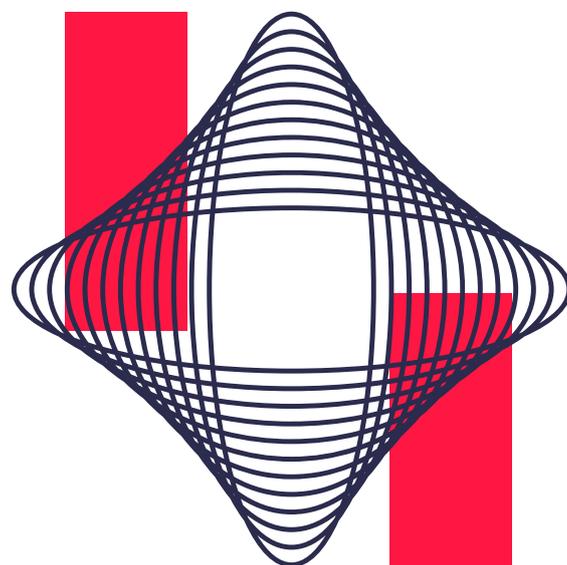
**(14)** V.I. Lenin. La «crisis del poder». Pravda, nº.46, 2 de mayo de 1917.

**(15)** Para un desarrollo más profundo de estas posiciones y su refutación teórico-práctica por la línea revolucionaria leninista, véase el artículo «Sobre las Tesis de abril» publicada en Línea Roja nº.5, Sobre estrategia revolucionaria y nuevo poder.

**(16)** V. I. Lenin. ¿Existe algún camino hacia una paz justa? Pravda, nº. 75, 7 de junio de 1917. En las actas del POSDR(b) se afirma que «en ninguna otra parte del mundo puede lograrse tan fácil y tan pacíficamente el paso de todo el poder del Estado a la verdadera mayoría del pueblo» (Proyecto de resolución sobre la guerra, Conferencia del POSDR(b) de la ciudad de Petrogrado, 14 de abril de 1917).

**(17)** «Nosotros admitimos francamente que, por ahora, la mayoría en el sóviet no está con nosotros» (V. I. Lenin. Una alianza de mentiras, Pravda, nº. 32, 14 de abril de 1917).

**(18)** V. I. Lenin. Carta al CC, CM, CP y a los miembros bolcheviques de los sóviets de Petersburgo y Moscú. 1 de octubre de 1917.



 *iniciativa*  
***comunista***